

Un Papa incomprendido

A misunderstood Pope

Juan Bottasso

Universidad Politécnica Salesiana
jbottasso@ups.edu.ec

Recibido: 6 de mayo de 2013 / Aceptado: 28 de junio de 2013

Resumen

Con la renuncia del Papa Benedicto, los medios de comunicación resaltaron de manera obsesiva las divisiones de la Iglesia, los escándalos, olvidando que Joseph Ratzinger había buscado preservar “el denominador común de la tradición y el dogma” de la Iglesia. Mediante un breve análisis sobre la difícil trayectoria de Ratzinger como parte del Concilio Ecuménico, en sus diferencias con la teología de la liberación y más tarde, como Papa, en su reticencia de dar ciegamente el salto a la modernidad, este artículo señala la aspiración de Ratzinger de mantener a la Iglesia unificada. Ratzinger pertenecía al ala progresista del Concilio, sin embargo, su labor fue incomprendida por tener que mantener el orden, en un mundo atravesado por la revolución social de 1968, la guerra fría, el marxismo, la politización del credo, y defender así a la Iglesia de la “auto-destrucción”. En este artículo se analiza la realidad de Ratzinger, Papa Benedicto XVI, de una vida dedicada a la Iglesia Católica frente a los desafíos del escenario mundial actual.

Palabras claves

Joseph Ratzinger, teología de la liberación, Concilio Ecuménico, reforma luterana, Benedicto XVI

Abstract

After Pope Benedict's resignation, the media obsessively highlighted divisions of the Church and the scandals, forgetting that Joseph Ratzinger had sought to preserve the Church's “common denominator of tradition and dogma”. Through a brief analysis on the difficult path Ratzinger had to lead, as part of the Ecumenical Council, in his differences with the theology of liberation, and his reluctance later as Pope to blindly leap into modernity, this article points out Ratzinger's efforts to keep the Church unified. Ratzinger belonged to the progressive wing of the Council, however, his work was misunderstood for having to maintain order in a world marked by 1968's social revolution, the Cold War, Marxism, the politicization of religion, and thus having to defend the Church from “self-destruction”. This article discusses the reality of Ratzinger, Pope Benedict XVI, a life dedicated to the Catholic Church in the face of today's world challenges.

Keywords

Joseph Ratzinger, theology of liberation, Ecumenical Council, Lutheran reformation, Benedict XVI.

Forma sugerida de citar:

Bottasso, J. (2013). Un Papa incomprendido. *Alteridad*, 8(1), pp. 68-80. Quito: Editorial Abya-Yala.

Introducción

Del pontificado del papa Benedicto se han intentado infinitos balances. Sin duda, frente al gesto valiente de su renuncia, han prevalecido las apreciaciones positivas, reconociendo su humildad y amor a la Iglesia, más que al cargo. Las manifestaciones de afecto, en los días de la despedida, han sido masivas y emocionadas.

Durante la sede vacante los medios de comunicación se han concentrado de manera obsesiva en resaltar los problemas actuales de la Iglesia, las divisiones, los escándalos, inflando ciertos detalles que son más que comprensibles en el manejo de un cuerpo tan grande y complejo como es el de una iglesia, con mil doscientos millones de miembros.

Muchísimos otros comentarios seguirán vertiéndose, pero hay que dejar a la historia un juicio más imparcial sobre este pontificado, cuando, con el pasar de los años y el decantarse de las emociones, se vean las cosas en perspectiva.

Toda apreciación, por el momento, no puede ser sino provisional. Esta característica, evidentemente, tienen también las reflexiones que me permito hacer, limitándome a unos aspectos por los cuáles el Papa emérito recibió no pocas críticas, especialmente al interior del mundo católico. El primero es el de haberse convertido en un conservador intransigente, cuando, en cambio, durante el Concilio Ecuménico, había pertenecido al frente progresista; el otro es el de ser considerado el gran adversario de la teología de la liberación. Finalmente analizaré también otro aspecto de su actitud, que le atrajo ataques de una parte notable de la opinión pública en general: el de haberse resistido a poner a la Iglesia al paso con la modernidad.

Para afrontar estos asuntos es indispensable no limitarse a consultar las fuentes periodísticas, más o menos inspiradas al sensacionalismo. El mismo Benedicto XVI, al despedirse del clero de Roma, el 14 de febrero, constató que existían dos visiones del Concilio, muy alejadas la una de la otra: la que se fundaba en la lectura atenta de sus

documentos y la otra, que nacía de la visión fragmentada y superficial ofrecida por los medios de comunicación. El Papa hacía notar que, lamentablemente, la inmensa mayoría de los católicos, en el mejor de los casos, contaba solo con la segunda; pero muchísimos, ni con ella. Cuando es así, las apreciaciones son tan profundas como: “He oído en la televisión, me han dicho, parece que...”.

Bajo la responsabilidad de Monseñor Gerhard Muller, el actual Prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, se está editando la totalidad de las obras de Joseph Ratzinger; trabajo ímprobo, porque se trata de un número enorme de volúmenes. Entre estos, para el objetivo que aquí me propongo, es imprescindible la lectura del que se titula “Mi vida” (Aus meinem Leben), una especie de autobiografía, que abarca sus primeros cincuenta años, hasta el sorpresivo nombramiento a arzobispo de Munich. Allí se encuentra un buen número de respuestas a los cuestionamientos mencionados.

De progresista a conservador

El lento, pero progresivo paso de una actitud a la otra no es un invento malévolo de los detractores de Benedicto XVI, sino algo real. Se podría imaginar que el cambio comenzó cuando fue nombrado arzobispo de Munich, responsabilidad de gobierno que le habría obligado a tomar una actitud equidistante entre las tendencias extremas. Pero, la realidad es otra: las raíces de la transformación son mucho más hondas. Curiosamente fue el Concilio Ecuménico el que lo condujo a una posición siempre más moderada, cuando en otros tuvo el efecto contrario.

La experiencia del Concilio

El narra que el Cardenal Frings, arzobispo de Colonia, lo quiso consigo en Roma como asesor teológico, así que llegó a dividir su tiempo entre Munster, donde era profesor y la ciudad eterna. Corría el año de 1964.





La voz de la tierra, mixta

Cada vez que regresaba de Roma encontraba, en la Iglesia y entre teólogos, un estado de ánimo siempre más agitado. Crecía siempre más la impresión de que en la Iglesia no quedaba nada estable, que todo podía ser objeto de revisión. El Concilio se asemejaba siempre más a un gran parlamento eclesial, que podía cambiarlo todo y revolucionar cada cosa según su antojo. Era muy evidente el aumento del resentimiento hacia Roma y la Curia, que parecían el verdadero enemigo de toda novedad y progreso, se presentaban siempre más las discusiones conciliares según el esquema de los partidos, típico del parlamentarismo moderno.

Después él pasa a examinar la situación particular de Alemania, donde tenía lugar un proceso “todavía radicalmente más profundo”. Si

los obispos podían cambiar la Iglesia y la misma fe ¿Por qué solo a ellos debía concederse esta posibilidad?

Muchos obispos, a quienes se los había conocido siempre como conservadores, bajo el influjo de los teólogos, comenzaron a manifestarse progresistas a ultranza. “El rol que los teólogos habían asumido en el Concilio creó entre los estudiosos un nuevo convencimiento: ellos comenzaron a percibirse como los auténticos representantes de la ciencia y, exactamente por esto, ya no podían aparecer como sometidos a los obispos”.

En efecto, en este contexto, les resultaba difícil a los obispos apelar a su autoridad sobre los teólogos, siendo que sus nuevas posiciones las habían recabado exactamente de ellos. Con esta lógica en la Iglesia Católica todo parecía ser objeto de revisión, incluyendo la misma fe.



El movimiento, con intensidades diferentes, se fue extendiendo a la Iglesia entera, partiendo de su epicentro, el “área del Rihn”: Alemania, Francia, Bélgica, Holanda. A América Latina llegó un poco más tarde, especialmente a raíz de la Conferencia del CELAM en Medellín. En nuestro continente cobró fuerza en los años setenta del siglo veinte.

Detrás del predominio de los especialistas, apunta preocupado el teólogo Ratzinger, ya se percibía algo diferente: la idea de una soberanía popular, según la cual es el pueblo que establece lo que debe entenderse cuando se habla de Iglesia, la que ya se la definía claramente como pueblo de Dios. Se anunciaba así la idea de una “Iglesia desde abajo”, “Iglesia de pueblo”, que después, con la teología de la liberación, se convirtió en la finalidad misma de la reforma.

Es fácil constatar como la activa participación en el Concilio como “perito” le permitió al joven Ratzinger establecer una infinidad de contactos con obispos de todos los continentes, participar en mesas de trabajo con teólogos de diferentes tendencias, tomar el pulso de la situación general. Fue allí que en él maduró la sensación de que el proceso estaba a un paso de desbocarse y que podía volverse ingobernable.

No pocos dudan de que Juan XXIII, de haber seguido con vida, hubiera logrado gobernar un Concilio que corría el riesgo de dividir la Iglesia de manera irreversible. Se debe a la gran sabiduría y prudencia de su sucesor, Paulo VI, haber conducido a buen término la gran asamblea.

Los documentos que de ella emanaron, tienen una gran unidad de fondo, aunque a menudo se advierte que, bajo el lenguaje de las declaraciones, subyacen posiciones no del todo homogéneas.

Lo que resultó aún más arduo de manejar fue el posconcilio, si Paulo VI llegó a exclamar un día: “De una posición de legítima autocrítica, se está pasando a una actitud de autodestrucción”.

La etapa de Tubinga

Estas tensiones Joseph Ratzinger las vivió muy de cerca y tuvo aún más aguda la sensación del riesgo, en el período en que fue profesor en Tubinga. Son los años de la famosa revolución del '68, del mayo francés, de “la imaginación al poder”, del “prohibido prohibir”. Los años en que “El hombre unidimensional” de Herbert Marcuse se convirtió en la Biblia de los universitarios y jóvenes en general.

Casi fulmineamente cambió el paradigma cultural, a partir del cual pensaban los estudiantes y parte de los docentes. Hasta entonces la manera de pensar era determinada por la teología de Bultmann y la filosofía de Heidegger. En corto tiempo, casi en el espacio de una noche, el sistema existencialista se derrumbó y fue sustituido por el sistema marxista...

La destrucción de la teología que se daba a través de su politización en dirección al mesianismo marxista era incomparablemente más radical. He visto sin velos el rostro cruel de esta devastación ateísta, el terror psicológico, el desenfreno con el cual se llegaba a renunciar a toda reflexión moral, considerada un residuo burgués, cuando se trataba de una finalidad ideológica.

Sería suficiente esta cita para descubrir la clave de lectura de muchos de las intervenciones del Ratzinger de los años siguientes. No se trató de una prudencia mezclada con el temor, adquirida con el avanzar de la edad y con las responsabilidades pastorales, sino de un convencimiento madurando en años relativamente juveniles. Es decir, su “progresismo” se dio en un contexto del todo diferente, comparado con el que vivió después la Iglesia. Los cambios que se dieron en su interior y, mucho más, en la sociedad en general, nadie los podía sospechar pocos años antes.

Cuando él llegó a la cátedra episcopal de San Corbiniano, en Munich, la nueva visión de las cosas ya había echado en él hondas raíces, y evidentemente, orientó su acción pastoral. Pero la



etapa más importante de su vida estaba solo por comenzar.

La fase romana

Juan Pablo II, el papa viajero, quiso a su lado un hombre con claras ideas teológicas, firmeza de carácter, amplitud de visión, suavidad de modales. Sus ojos se fijaron en el arzobispo de Munich, a quien le costó abandonar su natal Baviera, para establecerse en el laberinto de la Curia romana.

La Congregación para la Doctrina de la Fe no goza de buena prensa. Cuando la nombran, muchos se hacen escrupulo de añadir que es la heredera del ex – Santo Oficio, hijo a su vez de la terrible “Santa inquisición”.

Evidentemente no fue fácil pasar de la condición de teólogo a la de “controlador” de los teólogos.

En una entrevista con el periodista Vittorio Messori, Ratzinger afirmó:

Jamás habría aceptado este servicio a la Iglesia, si mi compromiso hubiera sido en primer término el de controlar.

Con la reforma, nuestra Congregación ha conservado la tarea de intervención y de decisión, pero el motu proprio de Paulo VI le asigna, como objeto prioritario, el rol constructivo de promover la sana doctrina, para dar nuevas energías a los anunciadores del Evangelio.

Cuando el papa Juan Pablo, avanzado en años y con la salud devastada por el morbo de Parkinson, se acercaba a la conclusión de su servicio pontifical, el fiel colaborador Joseph Ratzinger soñaba con el día en que podría volver a la tranquilidad de una biblioteca, para transcurrir en paz los últimos años de su existencia.

Fue entonces que los cardenales vieron en él, a pesar de sus 78 años, la persona capaz de guiar la Iglesia en un momento particularmente delicado. Apareciendo en el balcón de la basílica de San Pedro, dijo que había querido llamarse

Benedicto y que sería “un humilde obrero en la viña del Señor”. La fama de conservador ya era inseparable de su nombre y de figura. Si tomamos en cuenta el significado de la palabra, podemos decir que no se trata de un calificativo tan desacertado. En toda su vida, y especialmente como Papa, él no quiso otra cosa que “conservar” el depósito confiado por Jesucristo a su Iglesia.

Cuando, el 31 de agosto del 2012, murió el Cardenal Carlos María Martini, arzobispo emérito de Milán, la prensa internacional habló mucho de él. De manera especial circuló en numerosos medios una entrevista que pocos días antes había concedido al p. Georg Porschill, jesuita como él. En ella el anciano cardenal se quejaba de la lentitud de la Iglesia en renovarse y de la excesiva cautela en dialogar con el mundo.

Muchos hicieron notar que, si el pontificado de Juan Pablo II hubiera durado menos y Martini hubiera estado un tiempo en la Cátedra de Pedro, muchas cosas habrían sido diferentes en la Iglesia. Es muy posible. Cada Papa ejerce el pontificado con un estilo muy personal y esta característica se transmite a todo el cuerpo eclesial. Si comparamos a Pío XII con Juan XXIII, notamos una diferencia marcadísima y lo mismo podemos decir con respecto a Paulo VI y a Juan Pablo II, que le sucedió. Ahora, reconstruir la historia partiendo de hipótesis, puede ser un entretenimiento interesante, pero de escasa utilidad, porque no puede cambiar los hechos. Si la asistencia del Espíritu a la Iglesia no la consideramos una simple manera de decir, podemos confiar que las cosas se hayan dado así por algún motivo.

Adversario de la teología de la liberación

Esta calificación del Cardenal Ratzinger y, después de Benedicto XVI, se puede decir que es generalizada pero, tal vez, habría que sustituir el término “adversario” con el de “crítico”.

Partiendo de los textos autobiográficos citados anteriormente, se puede entender el por-



qué de la distinción. Si él tuvo reparos con respecto a esta corriente teológica, sin duda esto nació cuando era profesor en Alemania; el contacto con los latinoamericanos vino mucho después. Por otro lado, los grandes teólogos de nuestro continente (Boff, Gutierrez, Dussel...) que reflexionaron y escribieron sobre el tema, estudiaron todos en Europa y, de los fermentos que hervían en la universidades de allá, sacaron sus inspiraciones iniciales.

Hablando de Ernst Bloch, que enseñaba en la facultad luterana de Tubinga en su tiempo, Ratzinger anota:

La destrucción de la teología, que se daba a través de su politización, en dirección del mesianismo marxista, era incomparablemente más radical, exactamente porque se basaba en la esperanza bíblica, distorsionándola de tal manera que conservaba el fervor religioso, pero eliminando a Dios y sustituyendo con la acción política del hombre. Permanece la esperanza, pero Dios es sustituido por el partido.

Efectivamente hubo un acercamiento tardío pero demasiado entusiasta de los cristianos al marxismo. El análisis de la sociedad se realizó desde la perspectiva de la lucha de clases. Eso volvió muy incisivas las observaciones de los teólogos, pero, hablando de América Latina, también marcó su límite.

La conferencia de Medellín

La conferencia del episcopado en Medellín produjo unos documentos que causaron enorme impacto, pero leídos con la perspectiva de la distancia, revelan sus debilidades. Allí el mundo se divide netamente entre ricos y pobres, opresores y oprimidos, patronos y proletariados. El elemento "culturas" apenas si aparece. Negros e indios no existen sino como explotados. Pero la realidad es otra. Las diferencias culturales marcan las vidas de los seres humanos mucho más que las diferencias socia-



Mujer con chalina a cuadros, óleo sobre papel, 100x70, 2008

les y económicas. Uno puede luchar para dejar de ser pobre, pero no puede y no debe luchar para dejar ser indio o negro. La teología y la pastoral, que de ella deriva, deben ayudarlo a asumir con alegría y altivez su pertenencia. Los documentos de Puebla, aunque no tuvieron la resonancia de los de Medellín, aportaron para corregir el enfoque.

Una vez anotadas estas observaciones iniciales, es indispensable emprender un esfuerzo para ubicar las polémicas en su lugar geográfico y en su momento histórico.

El lugar es Centroamérica y el momento es la lucha de Nicaragua contra los Somoza, la de Guatemala y de El Salvador, durante la guerra civil.



Los levantamientos de los pueblos centroamericanos para liberarse de situaciones intolerables eran más que legítimas, pero había un aspecto que se escapaba a la mirada de quienes estaban sumergidos en ellas. El conflicto local se enmarcaba dentro de otro mucho más grande, totalmente ajeno a su capacidad de control. En esos años la Unión Soviética estaba aún en el cénit de su poderío y se enfrentaba con unos Estados Unidos decididos a frenar, con cualquier medio, la expansión de su influencia en el mundo. No hacía mucho que había terminado la guerra de Vietnam; en algunos países de África luchaban las tropas cubanas. Centro América fue uno de los teatros de esta confrontación y allí, los pobres habitantes del lugar, especialmente indígenas y campesinos, pusieron los muertos.

Posiblemente no todos en el momento, entendieron las implicaciones geopolíticas del conflicto y lo vieron simplemente como una rebelión de los pobres contra una situación de injusticia. Cuando la Unión Soviética se desintegró, terminó el bipolarismo y no se tardó en encontrar los caminos de un entendimiento. Lo cual no quita que hayan quedado dolorosas cicatrices y que las situaciones de explotación hayan continuado en gran parte como antes.

Hay además un detalle importante, que no se puede olvidar. En 1978 había llegado a ser Papa un hombre que había experimentado en carne propia y con todo su país lo despiadado que era el yugo soviético. Juan Pablo II tenía la impresión de que muchos católicos latinoamericanos, entre ellos numerosos sacerdotes y varios obispos, no se dieran cuenta de lo peligroso que resultaba favorecer la intromisión de los rusos. Por eso manifestó muy pronto su preocupación. También su visión puede haber sufrido el condicionamiento de su historia personal, es inevitable, pero, a la distancia, no se la juzga tan desacertada. Tanto más que no le faltó clarividencia para condenar con energía la lógica de un capitalismo salvaje, que iba imponiéndose con Ronald Reagan y Margaret Thatcher.

Algo que, finalmente, contribuyó a enturbiar el panorama fue también la actitud rebelde de los cuatro sacerdotes nicaragüenses: D' Escoto, Parra, Fernando y Ernesto Cardenal. A pesar de las repetidas y explícitas prohibiciones de los obispos locales y de la Santa Sede a que asumieran cargos políticos, los cuatro aceptaron ser ministros de estado. No todos tuvieron un desempeño brillante, como tampoco acabó teniéndolo el Gobierno Sandinista. Además Nicaragua se convirtió en un territorio al que acudían sacerdotes y religiosos/as de todas partes, sin tener en cuenta la jurisdicción de los obispos del país y sin contar con la anuencia de sus propios superiores. Se creó un clima de anarquía, que no podía prolongarse indefinidamente. La visita del Papa a Centro América coincidió con ese periodo. La etapa de Managua fue particularmente problemática.

Leonardo Boff

Mientras Ratzinger ocupaba el cargo de Prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, la incompreensión entre la Santa Sede y la teología de la liberación de alguna manera se personalizó en él brasileño Leonardo Boff. El era un franciscano conocidísimo, preparado, buen comunicador, miembro de una Iglesia que, con su actitud valiente frente a la dictadura militar, había conquistado un enorme prestigio en medio del pueblo. Sus libros imprimían muchísimas copias, se multiplicaban las reediciones y se traducían a varios idiomas.

Un paso en falso de parte suya fue sin duda la larga entrevista que concedió al periódico "Folha de Sao Paulo" en la que elogiaba el funcionamiento de las instituciones de la Unión Soviética, que acababa de visitar. Ya había empezado la perestroika y la glasnost de Gorbachov y estaba por caer el muro de Berlín: el inmenso imperio se hallaba en vísperas de desintegrarse. En eso Boff no demostró olfato político. Además en Brasil y, en todo el continente, se estaba asistiendo a un profundo cambio cultural. Las llama-



das iglesias pentecostales emprendían su ascenso triunfal con un discurso totalmente opuesto al de la teología de la liberación, el de la teología de la prosperidad, que no hacía otra cosa que proponer el “american way life”.

Millones de personas de todas las clases sociales comenzaban a llenar los templos de las varias denominaciones. Eran atraídos por la música, el discurso teológico sencillo y práctico, el ambiente festivo y espontáneo, la solidaridad entre los miembros, la promesa de superar el sufrimiento y las angustias.

En la misma iglesia católica estallaba el fenómeno Marcelo Rossi, un joven sacerdote que lograba congregarse a centenares de miles de fieles, utilizando el mismo lenguaje y el estilo de los carismáticos.

Pero todo esto vino después. Lo que más influyó en la ruptura entre Ratzinger y el franciscano, fue la obra de este último: “Iglesia, carisma y poder”. Allí él expresaba unas ideas cuya peligrosidad, siendo joven profesor en Tubinga, Ratzinger ya había detectado y denunciado a fines de los años setenta.

El conflicto tuvo una enorme resonancia y marcó al cardenal con un predicamento que le acompañó toda la vida. Boff abandonó después la orden franciscana, se casó y se dedicó a escribir sobre temas ecológicos. Su información se demuestra siempre asombrosa y su estilo cautivante, pero el hecho que haya dejado el sacerdocio no restó algo a su popularidad.

El otro gran teólogo de la liberación, en cierto sentido, el padre de la misma, Gustavo Gutiérrez a sus 84 años sigue en la brecha. Es un hombre de extraordinaria vitalidad y optimismo. Cuando llegó a ser arzobispo de Lima el Cardenal Juan Cipriani, perteneciente al Opus Dei, Gutiérrez optó por ingresar a la Orden dominicana. Cobijado por el hábito de Santo Domingo (¡Que lleva muy poco!) él sigue viajando, dictando conferencias, escribiendo, llevando su batalla, con mucho equilibrio y mucho sentido pastoral.

Cambia el escenario mundial

Mientras tanto, en el giro de pocos años, cambiaba radicalmente el escenario mundial. Estado Unidos quedaba como única potencia hegemónica, aunque amenazaba de cerca en este papel, por una China en fulgurante ascenso. El mundo musulmán adquiriría siempre más conciencia de su identidad y fuerza (controla una buena parte del petróleo y del gas mundiales) y sus franjas extremistas se convertían en una amenaza permanente, en muchos países. Otras naciones, antes consideradas parte del Tercer Mundo (Brasil, India, Indonesia...) se convertían en potencias emergentes.

En este nuevo ambiente la respiración de la teología de la liberación se volvía siempre más jadeante. Las comunidades Eclesiales de Base, nacidas de una costilla suya, iban perdiendo vigor, no solo por las críticas externas, que las tildaban de haberse politizado y de haber perdido su inspiración evangélica, sino por una crisis interior. Ya por los años noventa escuché en Sao Paulo una apreciación del arzobispo jesuita Luciano Méndes de Almeida, presidente de la Conferencia de los Obispos de Brasil. Él anotaba que esas comunidades, poco a poco, se habían convertido en encuentros de casi solo mujeres y que habían recibido un golpe mortal del fenómeno de las telenovelas. En esos años Brasil colocaba en el mercado telenovelas magistralmente trabajadas, que dejaban vacías las calles en las horas de su transmisión. Muchas de ellas tuvieron aceptación enorme también fuera de Brasil, incluyendo Europa.

La globalización ponía en jaque las culturas locales y el consumismo alcanzaba las clases populares. Los hombres de iglesia (Aristide en Haití, Hoyos en Colombia, Lugo en Paraguay) que incursionaron en la política no resultaron muy exitosos.

Predicar la reflexión, el análisis de la situación, la lucha comunitaria para avanzar juntos, se volvía siempre más cuesta arriba. Los planteamientos de la teología de la liberación, si se los



despoja de sus excesos populistas y de la tentación de desembocar en la política de partido, son más necesarios que nunca. Los pueblos de América Latina han dado pasos gigantescos. Las dictaduras militares han desaparecido, la democracia se va afianzando, millones de personas han salido de la pobreza extrema, la alfabetización se generaliza y la educación gana en calidad.

Pero queda aún un porcentaje muy alto de marginados y explotados, así que sigue siendo muy actual la urgencia de trabajar para acompañarlos en sus luchas. No hay que descuidar una religiosidad centrada en las devociones y la emoción, porque es la que ofrece al pueblo un motivo de esperanza y ayuda a afrontar la vida con un optimismo confiado. Pero tampoco hay que convertir el cristianismo en una simple religión de consuelo y en un paliativo para aguantar los sufrimientos.

Iluminado por la Palabra de Dios, el análisis de los problemas debe estimular para tomar iniciativas audaces y comunitarias. Es lamentable que esta actitud haya perdido vigencia entre muchos sacerdotes y religiosos/as jóvenes.

Probablemente se trata de una reacción a la excesiva politización de años anteriores. Conjugar una profunda espiritualidad, la fidelidad al Evangelio y el compromiso por la justicia sigue siendo el gran desafío.

Reticente frente a la modernización

Desde su participación en el Concilio como perito, Joseph Ratzinger sintió como una verdadera amenaza para la Iglesia la posibilidad siempre incumbente de las divisiones. En los últimos tiempos de su pontificado aludió repetidas veces a este peligro e hizo entender que, mantener la cohesión en el cuerpo eclesial, sería uno de los grandes retos de su sucesor.

Él no era un historiador, pero, como teólogo, había prestado suma atención al tema de la tradición. Habiendo nacido en un país en que la Reforma luterana tenía grandes teólogos, se veía

obligado a profundizar en este tema, porque, sabía muy bien cuan sensible era, siendo a veces contrapuesto al principio de la “sola Scriptura”.

Preocupación por la unidad

La última y más apremiante recomendación de Cristo a los apóstoles había sido la de mantenerse unidos (“sean uno como el Padre y yo somos uno”). Cuando se insiste mucho en un precepto puede significar dos cosas: que se lo considera importante y que se prevé que será fácilmente transgredido. Los seres humanos son libres y muy apegados a sus opiniones personales. Es suficiente leer los Hechos de los Apóstoles y las cartas de Pablo y de Juan, para darse cuenta de lo difícil que resultaba mantener la unidad al interior de las primeras comunidades, por pequeñas que fueran. Ha seguido siendo así a lo largo de toda la historia. Aún en plenas persecuciones, tremendos cismas sacudían al cristianismo. Constantino, desde Milán, en el 313 concedió la libertad de culto, con el fin de que en todo el territorio del imperio reinara la paz, pero pronto se dio cuenta que, entre los cristianos, existían laceraciones incólmales. Fue suya la iniciativa de reunir el Concilio de Nicea. Si asumió los gastos del gran encuentro de obispos y patriarcas fue con la esperanza de que encontrarán alguna forma de entendimiento y reinara la concordia. Algo se obtuvo, pero la herejía arriana, por siglos, sembró la zozobra en Oriente y Occidente. Humberto Eco, con ironía magistral, describe el conflicto en su novela “Baudolino”.

La sola enumeración de cismas (divisiones) y herejías (desviaciones doctrinales) llenaría páginas. Hasta llegar a la trágica fractura entre Oriente y Occidente, cuando en 1054, el patriarca de Constantinopla y el legado papal se excomulgaron mutuamente y el mundo cristiano sufrió una división que nunca llegó a superarse. Los motivos fueron teológicos, pero también culturales, lingüísticos y políticos. El mundo griego y el mundo latino se mantuvieron prácticamente incomunicados casi hasta nuestros días, privándose el uno





Protección divina, óleo sobre lienzo, 55x135

y el otro de un enriquecimiento recíproco que podía haber sido fecundísimo.

En varias circunstancias los ortodoxos de Oriente no dudaron en aliarse militarmente con los Turcos musulmanes, contra los países católicos de Occidente.

Más conocido es el cisma causado en Europa por Lutero, Calvino y Zwingli. Ellos tenían razones muy serias para clamar por una reforma radical de la Iglesia y sus iniciativas rebeldes, sin duda alguna, fueron guiadas por las mejores de las intenciones, pero el resultado fue una nueva ruptura en la Iglesia. De esta manera el mundo cristiano se debilitó, exactamente en el momento en que las ciencias modernas iban tomando ventaja sobre la teología y alcanzaban un rol protagónico, que les permitirá emprender un asalto brutal contra conceptos básicos para los creyentes, como los de Revelación, Encarnación, Redención, trascendencia.

Pero, mientras el universo científico les planteaba nuevos y gravísimos cuestionamientos, los cristianos se enfrascaban en unas guerras de religión que, por décadas ensangrentaron a Europa. Finalmente el conflicto se superó con base al principio: "Cuius regio, eius et religio" (la religión de cada estado debe ser la del príncipe); que, sin duda, no resulta ser gran homenaje a la libertad de conciencia.

La enumeración de divisiones y subdivisiones en el cuerpo eclesial podría ser interminable, pero no vendría al caso. Es necesario, más bien, reflexionar sobre el hecho en sí.

Los conflictos no solo son inevitables sino que son necesarios. Sin la confrontación entre enfoques diferentes no hay estímulo y no se pueden dar avances. Entre seres libres y pensantes una permanente coincidencia de visiones es simplemente imposible. Pero una cosa es el conflicto



y otra es la ruptura: si el primero enriquece la segunda debilita y hasta destruye.

Cada uno tiende a considerar su posición como la legítima y la más oportuna y quisiera verla actuada de inmediato. Si no está dispuesto a esperar y, eventualmente, a dar un paso atrás, la división es inevitable. Esto vale para los individuos como también para las comunidades, pequeñas y grandes.

La primera cosa que hay que tener presente, es la necesidad de establecer prioridades y jerarquías de importancia. Hablando de la Iglesia Católica, ciertas posiciones que, localmente se sienten como lógicas y hasta urgentes, ubicadas en una perspectiva de conjunto, adquieren otra dimensión.

¿Qué significa abrirse a la modernidad?

Analicemos el asunto específico de la resistencia del papa Benedicto a entrar en sintonía con la modernidad. Los casos que se les planteaban a veces chocaban con principios “no negociables” para la doctrina católica. Él no podía, por ejemplo, declarar lícito el aborto, para no parecer retrógrado. En otros casos la posición podía ser menos tajante, como sobre del celibato de los sacerdotes o del sacerdocio de las mujeres. Desde el punto de vista teológico estos casos pueden conocer desarrollos interesantes en el futuro, pero deberían darse en armonía con todo el conjunto de la gran comunidad católica.

Probablemente en ciertas áreas estas aperturas no causarían problema alguno, mientras que en otras darían lugar a fuertes tensiones y a hemorragias de feligreses, como sucedió en ciertas iglesias protestantes.

El premio Nobel Mario Vargas Llosa que, por otro lado, se declara agnóstico, captó con claridad la gravedad del problema y lo expresó en un artículo que apareció el 24 de febrero del 2013 en el periódico quiteño Hoy:

Sus razones no eran tontas ni superficiales y quienes las rechazamos, tenemos que tratar de entenderlas, por extemporáneas que nos parezcan. Estaba convencido de que si la Iglesia Católica comenzaba abriéndose a las reformas de la modernidad, su desintegración sería irreversible y, en vez de abrazar su época, entraría en un proceso de anarquía y dislocación internas, capaz de transformarla en un archipiélago de sectas enfrentadas unas con otras, algo semejante a esas iglesias evangélicas, algunas circenses, con las que el catolicismo compite cada vez más -y no con mucho éxito- en los sectores más deprimidos y marginales del Tercer Mundo. La única forma de impedir, a su juicio, que el riquísimo patrimonio intelectual, teológico y artístico fecundado por el cristianismo se desbaratara en un aquelarre revisionista y en una feria de disputas ideológicas, era preservado el denominador común de la tradición y del dogma.

Claramente la alternativa a esta posición no es el inmovilismo absoluto. Para limitarnos al último siglo y medio, si examinamos los documentos del magisterio eclesiástico, podemos ver con claridad que su posición ha evolucionado prácticamente en todos los campos: concepto de democracia, visión de la libertad de conciencia, posición frente al evolucionismo, lectura de la Biblia, reforma litúrgica, relación con las demás religiones...Pero es un proceso que se ha dado, cuidando de mantener la unidad de los creyentes. Puede que, a veces, la prudencia y lentitud hayan sido excesivas pero, el hecho que el mundo católico se haya conservado compacto, le ha dado fuerza y credibilidad. El papa Pío IX probablemente no entendió que la conquista de Roma de parte del estado italiano lo liberaba de un peso y excomulgó a los invasores. Pero, para sus sucesores, esto se fue aclarando y, desde entonces, la figura del Pontífice conoció un prestigio como nunca lo había tenido. Hoy es la autoridad moral más alta que existe en el mundo.



¿La iglesia quedará sin fieles?

En el artículo citado, Vargas Llosa observa que esta posición del papa Benedicto no fue fruto de un sentimiento de impotencia y de miedo, sino de una opción muy lúcida, “aún si ello significaba que la familia católica se fuera reduciendo y marginando cada vez más, en un mundo devastado por el materialismo, la codicia y el relativismo moral”.

Por otro lado no es la primera vez que escuchamos la profecía según la cual el avanzar de la ciencia reducirá el rol de la religión y, aún más, el de la Iglesia, a dimensiones insignificantes. El liberalismo y positivismo del siglo XIX lo proclaman con absoluta seguridad, pero la historia se ha encargado de desmentir sus profecías.

Es curioso que muchas de las personas que consideran urgente la puesta el día de la Iglesia son las que participan muy poco de su vida y sus actividades.

Si, por ejemplo, mañana se aceptara la bendición del matrimonio gay, no es probable que estas personas comenzarían a frecuentar el templo; pasarían a pedir otras “aperturas”.

Una Iglesia que se convirtiera en caja de resonancia de las últimas exigencias de las mayorías, se volvería superflua: sería más práctico sustituirla con una agencia de sondeo de opiniones.

Conclusión

Es frecuente escuchar que Benedicto XVI heredó muchos problemas del pontífice anterior quien, anciano y enfermo, ya no lograba controlar completamente la situación. Puede ser; de todas maneras su tarea habría sido igualmente ardua: no por nada le costó tanto aceptar el cargo. Encontrándose ya desde más de veinte años en el centro de la cristiandad, contó con un observatorio privilegiado, que le permitió echar una mirada de 360 grados sobre el panorama, así que pudo medir la gravedad de los desafíos. De inmediato se puso a trabajar y lo hizo con determinación y constancia. Sus catequesis eran de una claridad didáctica ejemplar y no le impor-



Remembranzas, mixta, 102 x 80

ta si ciertas tomas de posición podían sonar impopulares o anacrónicas. Lo que le preocupaba era que en todos los sectores especialmente el de la moral, se está generalizando una mentalidad relativista. Si todo da igual, si no existen puntos firmes ni valores absolutos, cada uno puede elaborar su verdad, de acuerdo a sus intereses; pero entonces resulta imposible construir una convivencia fundada en el respeto mutuo.



La responsabilidad de quien gobierna la Iglesia es compleja: debe escuchar todas las voces, pero no identificarse con una sola corriente. Para los políticos la preocupación es otra. Ellos se esfuerzan por olfatear la dirección del viento, para adivinar a dónde se inclina la mayoría y alargarla, con la finalidad de conseguir votos; su problema es alcanzar el poder y mantenerse en él.

El compromiso del Papa es conservar un patrimonio espiritual que no es suyo. Desde los

primeros siglos la defensa de este depósito ha implicado no solo experimentar incomprensiones, sino auténticas persecuciones.

Benedicto XVI aceptó este reto y hasta que las fuerzas le acompañaron, mantuvo firme el timón de la barca. Cuando advirtió que la tarea exigía energías más jóvenes, se hizo a un lado y dejó el puesto a un sucesor que deberá seguir en la misma lid. Sin duda su estilo será diferente, pero la responsabilidad seguirá siendo la misma.

